

bienes ajenos, ni jurar en vano, ni cometer otros crímenes, tampoco se permite á los que viven en el mundo. Jesucristo no ha dicho, no jureis, por que sois monjes; sino que á todos sin distinción alguna ha hecho la misma prohibición. Por último, no sólomente ha ordenado á los monjes el vivir bien, sino á todos los cristianos. Pero es preciso observar que los seculares caen con más frecuencia y mas gravemente que los monjes, y que estos encuentran en su estado ventajas de que aquellos carecen. Así es que el alma encuentra más dificultades en el mundo que en el estado monástico, y puede santificarse con más facilidad en éste que en el siglo. »

« En fin, nada hay tan necio como decir que, para hacerse monje, seria conveniente esperar á que llegase la edad madura, en que ya no hay pasiones que combatir. ¡ Ay! ¡ cuán frívolo es este pretexto! Se pretende que en una edad en que las pasiones se dejan sentir en toda su vehemencia, y en que es necesario, por consiguiente, prevenirse contra ellas, nos expongamos á todo cuanto puede excitarlas en el mundo y arrastrarnos con ellas, cuando entónces es precisamente cuando deben combatirse con más insistencia y con medios más eficaces, que fácilmente se encuentran en el estado religioso. Esto seria como si, cuando se acerca el enemigo, aconsejásemos á alguno que no se defendiese, ó se expusiese á sus golpes, con la esperanza de curarse despues que haya sido derrotado y herido. El combate contra las pasiones debe empezar desde la juventud, pues apénas tenemos diez años, y ya somos dignos de castigo si pecamos, como aparece claramente de los niños, que se atrevieron á burlarse del profeta Eliseo, y que fueron devorados por los osos. Es preciso, por lo tanto, que desde esta edad nos pongamos en guardia contra ellas, puesto que en la juventud es cuando nos atacan con más violencia. Entónces es

cuando debemos ponemos en defensa para no ser vencidos. Si entonces me aconsejaseis que, en lugar de combatir las, me entregase á ellas, ó las dejase en libertad, es como si me mandaseis que me dejase vencer. ¿ Podemos, por otra parte, detener ó suspender á nuestro albedrío el poder que tiene el demonio para tentarnos? ¿ Qué hay tan necio como exponer á un jóven á la furia de un enemigo tan poderoso? ¿ No es esto hacer que sucumba miserablemente? Cuanto uno es más jóven y sin experiencia, tantas más precauciones debe tomar. ¿ En donde encontrará medios más seguros y eficaces? ¿ En el mundo ó en el monasterio? Luego es más conveniente que abraza la vida religiosa en la juventud más bién que en la vejez: pues en este segundo caso tendria que llorar el gran número de pecados de que se hizo culpable en el mundo; miéntras que, entrando jóven en la religión, tiene menos faltas que expiar, y en vez de llorar sus defectos, tendrá el consuelo de trabajar desde la más tierna edad, de acrecentar sus merecimientos, de acumular victorias sobre victorias, y de adornar su cabeza con innumerables coronas.

PARALELO ENTRE UN REY Y UN MONJE, POR SAN JUAN CRISOSTOMO

Despues de demostrar ampliamente san Juan Crisóstomo, como hemos visto en el capítulo precedente, la sinrazón con que impiden los padres que sus hijos abracen el estado monástico, y queriendo convencerles al mismo tiempo de que no le movia ninguna preocupación á exhortarles á que

no se opusiesen á su vocación, refiere á este propósito un hecho de que él mismo fué testigo, y que puede servir de mucha edificación.

Habia, dice, en Antioquía un jóven extranjero, que habia venido á aprender las letras griegas y latinas, y que iba siempre acompañado de su preceptor. Este era uno de los solitarios que viviam en nuestra montaña, y en una ocasión en que pude hablarle, le manifesté que me extrañaba que hubiese dejado la vida religiosa para dedicarse al profesorado. Vaciló al principio sobre lo que habria de contestarme; pero al poco tiempo me abrió su corazón, hablándome de este modo: Este niño que veis tiene un padre entregado exclusivamente á los negocios del mundo y que es además de un carácter violento é impetuoso. Su madre, por el contrario, es una señora muy afable y piadosa, que no busca sino los bienes celestiales. Como el padre es un hombre de guerra, y se ha distinguido siempre por acciones heróicas que le han merecido gran reputación tiene para con su hijo los mismos designios de ambición y de gloria. Pero su madre, con sentimientos muy diferentes deseaba que abrazase el estado monástico, y no se atrevió á hablar de ello á su padre, que, en vez de consentir, se apresuró á dedicarle á la profesión de las armas. En vista de ello esta piadosa mujer, que temia por la salud de su hijo, me mandó llamar para manifestarme un asunto de importancia. Desde luego me habló del proyecto que habia concebido por el bién espiritual de su hijo. Veis, me dijo, el riesgo que corre este niño, y sólo me queda un medio para asegurar su salvación, y es que os decidais á dejar vuestra soledad, y á constituiros en preceptor suyo: yo me encargo de decir á su padre, que, puesto que le destina á las armas, es preciso que ántes se le enseñen las letras humanas. Vos le llevareis léjos de este pais en donde separado de su padre y otros parientes, siga sólomente vuestros pre-

ceptos. De esta manera podreis fácilmente formarle en la virtud, y esta vá á vuestro lado tan bién como en un monasterio. Yo os pido que no me rehuséis esta gracia; pues aunque sea muy grande, debéis considerar que me intereso por la salvación de mi hijo, á quién amo más que á mis propios ojos, y que de vos depende el que se halle á cubierto de la malicia del mundo. Pero si me rehusais este servicio tan importante, protestaré ante Dios, que es testigo de lo que digo, que he hecho todo lo que he podido para impedir la perdición de mi hijo, y que si éste llegara á perderse efectivamente, vos seriais responsable de ello en la presencia de Dios. Movido por estas razones, que ella acompañaba con muchas lágrimas, me rendí á sus piadosos deseos, y me encargué de su hijo.»

«Llevó, pues, á este niño, añade san Juan Crisóstomo, á Antioquía, y éste se aprovechó de tal manera de los cuidados de su preceptor, que abrazó la práctica de la virtud con un ardor tan extraordinario, que le hacia no encontrar gusto más que en las cosas de Dios. Se sintió penetrado de un celo tan ardiente, que al cabo de algún tiempo resolvió dejarlo todo para fijarse en la soledad. Pero yo creí un deber moderar su celo, porque si su padre, que era de un genial asperísimo, llegaba á apercibirse de ello, hubiera descargado indudablemente su cólera sobre su madre, sobre el preceptor y hasta sobre los monjes que le hubieran recibido, y como el niño era todavía de poco edad, no hubiera podido resistir á los esfuerzos hechos por su padre para separarle de la piedad.»

Le manifesté, pues, con dulzura todos estos inconvenientes, y le aconsejé que volviera á su pais natal para continuar sus estudios. Dile algunos consejos para confirmarle en sus piadosos deseos, y le exhorté á practicar en secreto la vida de los solitarios, mientras que exteriormente se portaba como los demás de su edad, lo cual era un medio de

que su padre nada supiese, y no le sirviese de obstáculo para consagrarse á la piedad.

Tal fué el consejo que le dió el Santo, que, por cierto, dió el resultado apetecido. El niño, guiado por su excelente preceptor, [se ejercitó en el interior de su casa en todas las prácticas de los solitarios, ocupándose en la oración y en la lectura de los Libros santos, y entregándose á las vigiliass y ayunos como los más fervorosos solitarios. Se acostaba, como ellos, con el cilicio, para estar más pronto á despertarse, y aún cuando se consagraba á estos ejercicios, no dejaba de hacer progresos en sus estudios, pues tenia una inteligencia muy despejada y buenas disposiciones. Nada, por otra parte daba á conocer en su exterior la vida que llevaba, pues era afable, dulce y placentero con todos, ganándose el corazón de sus compañeros, y atrayendo á muchos á la virtud.

Su padre llegó al fin á tener noticia de este género de vida : entró en cólera, é hizo todos los esfuerzos posibles por separarle de ella. Pero la virtud habia echado tan profundas raíces en su alma, que todo cuanto se hizo para que mudase de resolución, no sirvió sino para afirmarle más en ella. Deduce san Juan Crisóstomo que si todos los hijos fuesen educados cómo éste no sufrirían los padres tantas amarguras.

Tenemos un opúsculo del mismo Santo, titulado *Paralelo entre un rey y un monje*. Créese que lo compuso durante el tiempo que estuvo retirado en el desierto, de la misma manera que entónces compuso la apología de la vida solitaria. En este pequeño opúsculo expone las excelencias de los monjes sobre los príncipes de la tierra. » Miranse, dice, en el mundo las riquezas, las grandezas, las dignidades y la gloria como lo mejor que puede desearse, y consideran dichosos á los que las poseen ; miéntras que apénas se hace caso del estado de los monjes. Para desen-

ñar á los que se hallan preocupados con esta ilusión, hagamos el paralelo entre un rey y un monje, y veamos cual es mas exceleinte. »

« 1º Es verdad que un rey tiene autoridad sobre algunas provincias : que tiene á sus órdenes generales, oficiales y numerosas tropas, senadores y muchos pueblos que acatan sus ordenes. Pero el que se ha consagrado al servicio de Dios por medio de la profesión religiosa, y cumple sus deberes, ejerce sobre sí mismo un imperio más excelente, domando la cólera, la envidia, la avaricia, la voluptuosidad y todas las pasiones del alma, lo cual constituye un verdadero reinado. Y en efecto, un rey que ejerciese sobre sus pasiones una dominación de esta naturaleza seria más digno de mandar á los pueblos, de los cuales seria más padre que señor, y constituiría sus delicias : pues en vano lleva un príncipe sobre su cabeza una corona enriquecida de oro y perlas, si su alma no lleva la diadema de las virtudes. ¿ Como podrá gobernar á los demás pueblos el que no sabe gobernarse á sí mismo y moderar sus pasiones ? »

« 2º Los reyes combaten en una guerra contra los bárbaros, pero el solitario combate contra los demonios. ¡ Cuán grande es esta diferencia, y cuanto ennoblece á los solitarios ! Los reyes no combaten sino por extender los límites de su dominio, así es que con frecuencia no les anima otra cosa que la ambición y la avaricia ; pero los solitarios, combatiendo contra los demonios, libran á las ciudades y aldeas de los errores y del pecado, y trabajan, no por satisfacer su ambición, sino por procurar la gloria de Dios.

3º Los reyes se hallan rodeados de un grán número de personas de distinción que les hacen la corte : reciben sus homenajes y le acompañan á todas horas ; pero la conversación de los solitarios es con los profetas y los apóstoles ; unas veces con Moisés, y otras con Isaías ó con los demás

escritores sagrados. Y como quiera que poco á poco vamos adquiriendo las costumbres de aquellos con quienes tratamos frecuentemente, resulta que los príncipes suelen contraer los vicios de los cortesanos que constantemente están con ellos ; miéntras que los solitarios llegan á imitar las virtudes de los profetas y apóstoles, cuyos libros constituyen su ocupación ordinaria.

4° Los reyes viven en el lujo y la molicie : su mesa es suntuosa, y á veces tan excesiva, que los gases, que se desprenden del estómago les aletargan y les privan de la libertad de espíritu que necesitan para atender á los múltiples cargos que solicitan su atención. Por el contrario, la vida mortificada y frugal del solitario hace ligero su sueño, y deja al espíritu en libertad para que se consagre á sus deberes.

5° Los reyes, ya sea en la paz, ya en la guerra, gravan á sus súbditos con impuestos que ordinariamente hacen más trabajosa la situación del pobre. El solitario, por el contrario, hace bién á todo el mundo : recibe y trata con el mismo espíritu de caridad al pobre que al rico. Miéntras que el rey no puede dar más que oro y plata, él prodiga los dones del Espíritu Santo. El rey puede algunas veces auyentar de sus estados la pobreza ; pero el solitario libra las almas de las vejaciones del maligno espíritu. No es al rey á quién se dirige un poseído para librarse del demonio, ó para alcanzar de Dios alguna gracia ; sino que tanto el príncipe como los demás acuden al solitario. Así es que Acab acudió á Elías, para que librase á su pueblo del hambre, y otros reyes judíos, como Ocosías y Ezequías, recurrieron á los profetas.

6° Si el solitario tiene la desgracia de relajarse en la virtud, y pierde el espíritu de su estado, le es fácil entrar en sí mismo y volver al bién por medio de las lágrimas y del arrepentimiento, y en la penitencia encuentra el medio

de reparar su pérdida. Pero si el rey pierde sus estados, y es privado de su reino, ¡ cuantas dificultades para recuperarlo ! Necesita levantar un ejército, pedir el auxilio de sus aliados, agotar el erario, y exponerse á grandes peligros.

7° El rey necesita rodearse de centinelas para la seguridad de su persona, y vive siempre con la intranquilidad de que se fragüe alguna conspiración. Por el contrario, el solitario nada teme, y sus oraciones son la salvaguardia de los reyes y de los pueblos.

8° Por último, en la muerte es en donde se pone más de manifiesto la diferencia entre el rey y el monje. Este trance es terrible y espantoso para un rey que ha pasado su vida en la abundancia, en los placeres y en la voluptuosidad ; miéntras que para el solitario la muerte no es otra cosa que un tránsito de esta vida miserable al reino de los cielos. Cuando, pues, concluye san Juan Crisóstomo, veáis á un hombre poderoso, vestido con esplendor, montado en soberbio tren, y seguido de numeroso y brillante cortejo, no lo considereis venturoso : porque estos son sólo bienes pasajeros que terminan con esta vida. Considerad, por el contrario, como verdaderamente feliz al monje que vive solo, que es humilde, dulce, tranquilo y pacífico. Envidiad su dicha, y procurad imitar sus virtudes : porque éstas son los verdaderos bienes, los bienes sólidos, los bienes, en una palabra, de Jesucristo, que vive y reina pos los siglos de los siglos.